

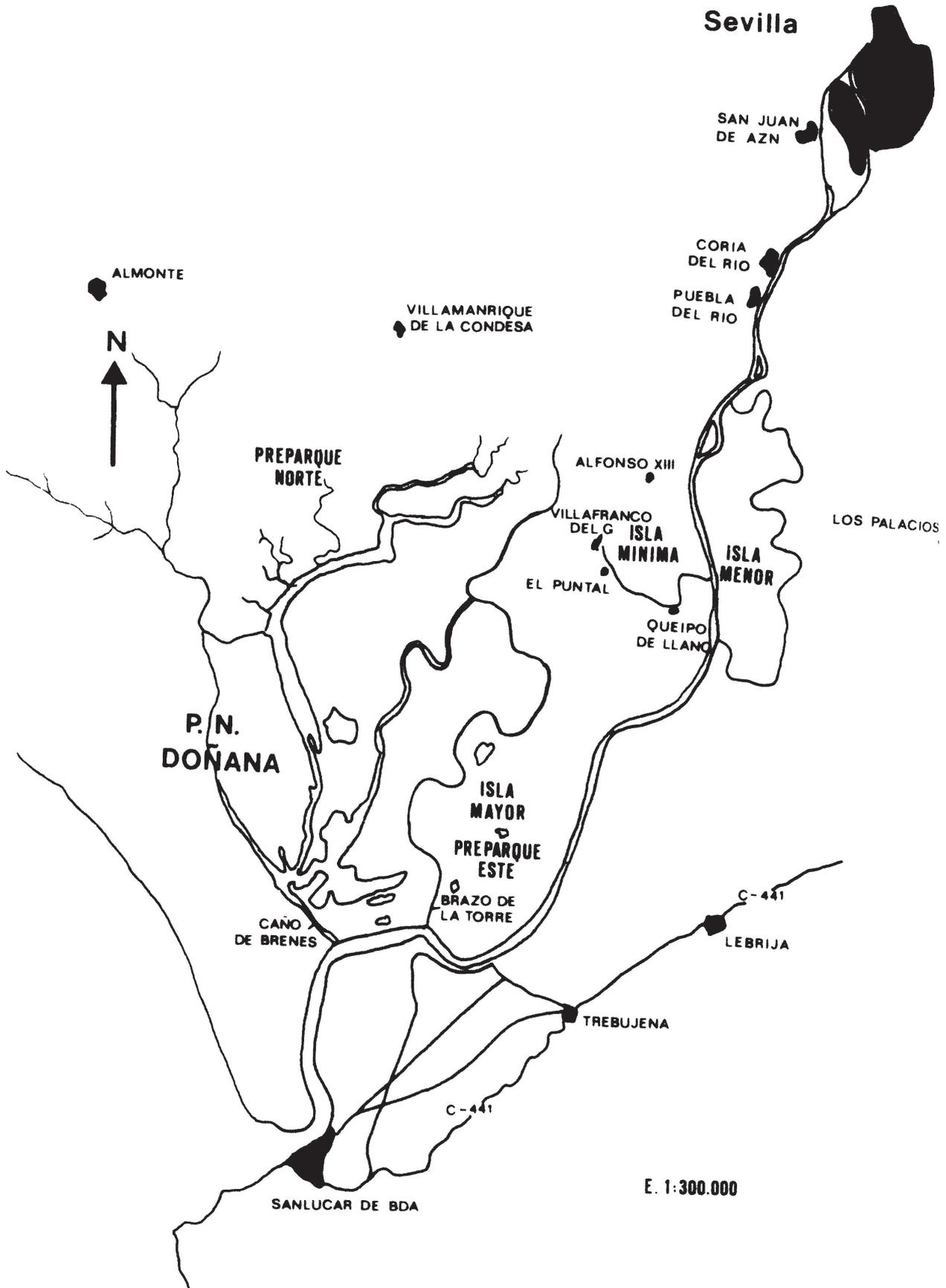
Aspectos antropológicos de la pesca fluvial en Trebujena (Cádiz)

Hace poco menos de una década, la escasa población de pescadores de río que aún quedaba en Trebujena, tras el descenso que sufriera esta actividad durante los años sesenta, coincidiendo con los máximos índices de contaminación registrados en el Guadalquivir, vio multiplicar su número hasta alcanzar cotas que unos años antes hubieran resultado impensables para una actividad hasta entonces estable, cuando no en retroceso. El momento álgido parece haber pasado; los cuatro últimos años han sido difíciles y las lluvias escasas. Pero aun así, más de doscientos trebujeneros continúan subsistiendo gracias a la pesca de río, aunque con frecuencia deban completar su renta familiar con otro tipo de trabajos. Este resurgir de la pesca, inesperado para los riacheros que desde Alcalá del Río hasta Sanlúcar de Barrameda, pasando por Coria del Río, Los Palacios o Lebrija, habían visto descender, o incluso desaparecer por completo, su tradicional modo de vida, se produjo gracias a la demanda que a partir de entonces sufrieron especies antes despreciadas o incluso inexistentes: la anguila (*Anguilla anguilla*, Linneo), y, sobre todo, su cría, la angula, y el cangrejo rojo (*Procambarus clarkii*, Girard).

En el caso de Trebujena, localidad donde más ha aumentado el volumen de las capturas y el número de personas dedicadas a esta actividad, la demanda se concentró, desde un primer momento, en la angula, que a partir de entonces es el objeto fundamental de pesca, salvedad hecha del camarón (*Crangon crangon*, Linneo), pescado, sobre todo, durante los meses en los que no hay angula (de febrero a octubre). En la actualidad, el número de personas dedicadas a la pesca de río en esta localidad es bastante mayor que el de Coria¹ o Alcalá, que, sin embargo, tuvieron hasta hace unas décadas una población pesquera más numerosa y cualificada.

Trebujena, pequeña localidad gaditana de siete mil habitantes, situada a cinco kilómetros de la margen izquierda del río y a algo más del doble de la desembocadura, posee un ruedo dedicado casi en su totalidad a la viña con un régimen de propiedad minifundista, que alcanza rendimientos muy bajos. La mayoría de la población es jornalera, aun

¹ Juan AGUDO TORRICO, *Artes y técnicas de pesca tradicionales en el Bajo Guadalquivir* (Sevilla: Consejería de Cultura y medio Ambiente de la Junta de Andalucía, 1991).



cuando muchos posean una pequeña parcela, pues la ruptura que se dio, a partir de los años cincuenta, con el anterior sistema de autosubsistencia, ampliando las extensiones de cultivo dedicadas a la viña, ha derivado, una vez sobrevenida la crisis de ésta durante los setenta², en un fuerte desempleo que obliga a la mayoría de los hombres a buscar trabajo en otros sectores. Los riacheros no han sido, hasta hace unos años, sino unas pocas familias —tres para ser más exactos durante el primer cuarto de siglo— que se ramificaron, casándose en muchos casos entre ellos mismos, hasta alcanzar un número máximo de diez o doce núcleos familiares. Pero aun en esos momentos, su relación con el pueblo era mínima: vivían en chozas al borde mismo del Guadalquivir, en Alventus (Aduentus) y en el Yeso (los Yesos), y mantenían más contactos con los riacheros de otros pueblos que con sus propios paisanos. Poco tiene que ver este ya inexistente riachero con el actual pescador de angulas. Por ello, y para entender el alcance de las transformaciones sufridas por esta actividad, resulta necesario delimitar, en lo que va de siglo, dos períodos claramente diferenciados: de una parte, la última década con la introducción de la pesca de la angula y, de otra, todo el período anterior que, salvo algunas alteraciones coyunturales, vivió una relativa estabilidad tanto técnica como humana hasta el inicio de su declive durante los años sesenta. Las transformaciones acontecidas son no sólo cuantitativas, sino también, y fundamentalmente cualitativas, afectando no tanto a las técnicas de pesca y a la elección del objeto mismo de las capturas, como a los hábitos y formas de vida de un colectivo con identidad propia —el de los riacheros— que ha quedado diluido entre la vertiginosa proliferación de nuevos pescadores no criados ni adiestrados en ese medio y en esas faenas.

Los nuevos riacheros son, en su mayoría, jornaleros en paro, poco adiestrados en la pesca, que mantienen su nueva actividad, mientras ésta les da de comer; en caso contrario, trabajan en el campo o en otras ocupaciones esporádicas. Esta condición de marginalidad ha sido, sin embargo, común a todas las generaciones de riacheros que, llegadas épocas difíciles, se veían obligados a trabajar en la viña o en la aceituna, y casi permanentemente debían completar los ingresos de la pesca con aquellos que conseguían vendiendo lo que cazaban o recolectaban (cabrillas, caracoles, huevos de aves de las marismas, etc.). Nunca, por el contrario, han ido a la mar ni se han dedicado al piñoneo o al carboneo en el cercano Coto de Doñana, y es que, hasta cierto punto, podría

² Equipo multidisciplinar de la Casa de Velázquez, *Marco del Viñedo de Jerez* (Cádiz: Diputación de Cádiz, 1986).

decirse que los riacheros de Trebujena vivían absortos en la atención que el río les requería y ausentes de cuanto pasaba más allá de sus márgenes.

La estabilidad con que se mantuvo el número de riacheros durante años es fácil de comprender si se tiene en cuenta la relativa dificultad técnica que implicaba el oficio y, sobre todo, las pocas atracciones que para el resto de la población suponía un estilo de vida duro y expuesto a las frecuentes inclemencias del medio. Pero, a partir de que se iniciara la pesca de la angula, con la consiguiente simplificación de las técnicas, el aumento de las capturas y también de las ganancias, el número de embarcaciones se ha ido multiplicando hasta alcanzar en 1991 la cantidad de cuarenta y cinco barcos matriculados³, más diez o doce furtivos. Estas embarcaciones, cuya propiedad está muy distribuida, siendo la norma que cada familia de riacheros tenga, en el mejor de los casos, una, faenan en caladeros como el Mármol, el Yeso, Tarfia, el Brazo de la Torre o, bien, frente a Trebujena. Son muchos, sin embargo, los que no tienen barco y pescan con cedazo (los lugareños lo denominan *ceazo*), instrumento rectangular (fig. 1) de aproximadamente dos metros

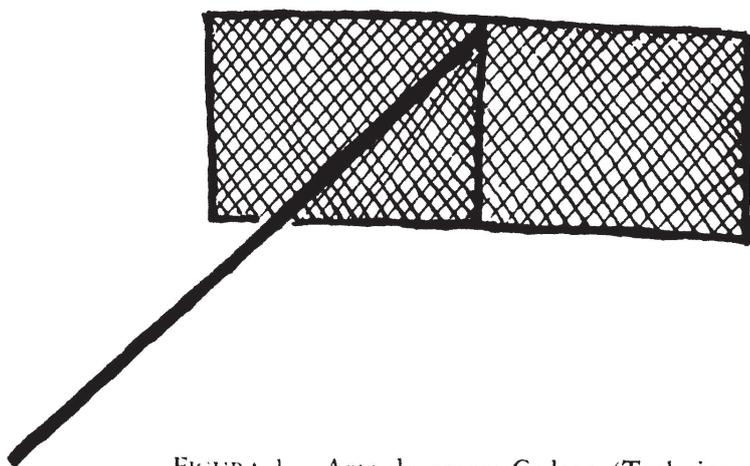


FIGURA 1.—Arte de pesca: Cedazo (Trebujena)

de ancho por ochenta centímetros de altura, provisto de una red plana y de un mango perpendicular que sirve para arrastrarlo desde la orilla en sentido contrario a la corriente, de manera que las angulas o los camarones queden prendidos a la red. Nada tiene este cedazo que ver

³ Dato de la Delegación de la Consejería de Agricultura de la Junta de Andalucía en Cádiz.

con el instrumento que en la cercana Sanlúcar de Barrameda recibe el mismo nombre, y es que, curiosa y significativamente, estas dos poblaciones, Sanlúcar y Trebujena, distantes sólo veintitrés kilómetros, denominan a instrumentos de pesca idénticos con nombres distintos, de igual modo que dan el mismo nombre a instrumentos dispares.

La nueva técnica que permite incrementar las cantidades de las capturas, simplificando además el procedimiento y reduciendo el tiempo de estancia en el río, es el arte lateral⁴, al que en Trebujena llaman genéricamente «el arte» y que viene a sustituir a la tradicional cuchara (fig. 2), denominada también entre los riacheros de esta localidad

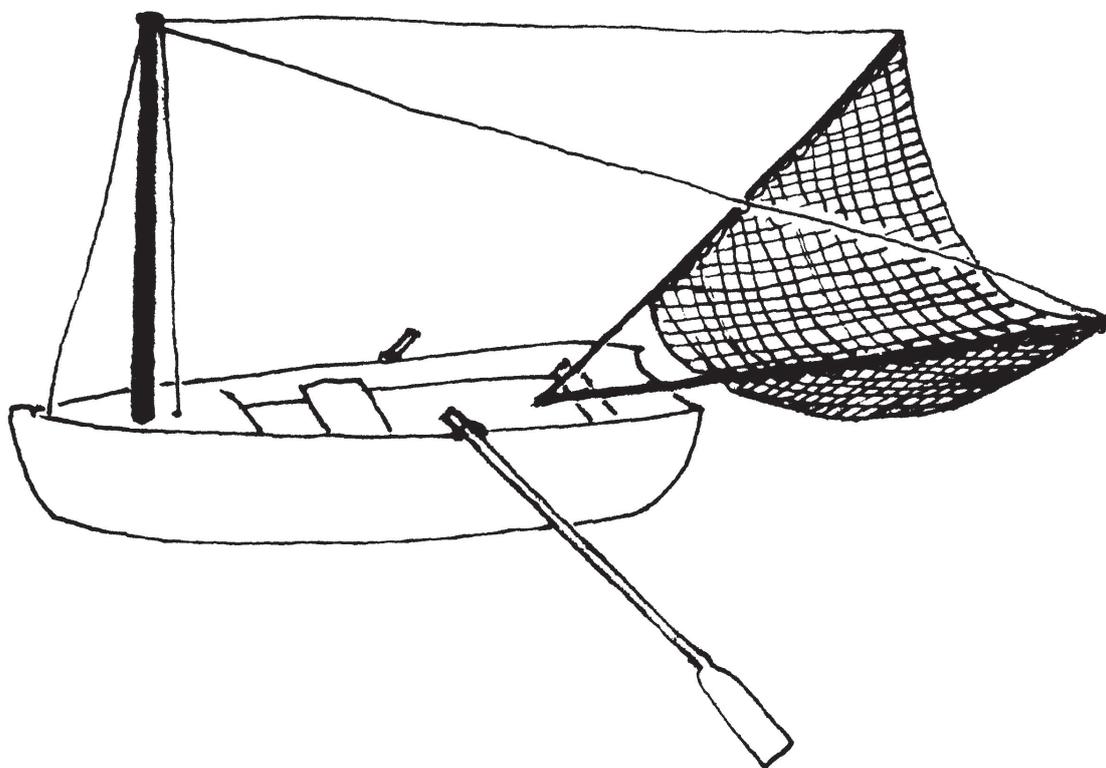


FIGURA 2.—Arte de pesca: Cuchara.

«amarra». La innovación fue introducida por pescadores de Lebrija a finales de la década de los setenta, y, poco después, incorporada por Coria del Río y Trebujena. Pero, antes de ello, pescadores de Jerez, y más concretamente del río San Pedro, iban a Trebujena a pescar la angula para venderla en los bares de su ciudad. Varios pueblos adoptaron la nueva técnica, pero ha sido en Trebujena donde ha proliferado

⁴ J. AGUDO TORRICO, *op. cit.*

más y donde existe un mayor y más cualificado número de embarcaciones. «El arte» se compone de sendos rectángulos metálicos de dimensiones variables, según permita el barco que los sostenga, que reposan colgando sobre sus laterales. Para la pesca son colocados de modo que las redes estén situadas contra la corriente, que alcanza de lleno a la proa. Al inicio de la marea, preferentemente la pleamar, se debe echar el rezón o ancla y situar los brazos del arte horizontalmente para después sumergirlos, de manera que queden totalmente cubiertos por el agua y en posición vertical. De este modo, tanto la angula como el camarón, que viajan arrastrados por la corriente y son pescados en zonas de aguas en movimiento, quedan prendidos a la red, sin que el riachero tenga que hacer otra cosa más que remontar el arte para vaciarlo de su contenido y volver a repetir la operación cuantas veces sea necesario. Las capturas desde el barco son así sencillas y requieren de poca tripulación (dos o incluso una persona), que como máximo necesitan permanecer en el río tres días, pues la angula se suele coger a lo largo de dos o tres mareas, preferentemente de noche cuando no ve la red, que, con este objeto, debe ser verde. La duración de las estancias en el barco suele ser, salvo raras excepciones de familias que las prolongan hasta cinco días, de una media de entre seis horas, en el caso de que las capturas sean rápidas y abundantes, y dos noches completas con su día. En ese tiempo, y dependiendo de cómo venga la pesca (hay más angula cuando llueve más y con los fríos), estos hombres capturarán cantidades tan irregulares como unos pocos kilos o incluso más de treinta; lo que, vendido a precios que oscilan en torno a las 5.500 pesetas el kilo de angula muerta y 7.500 vivas⁵, supone una importante fuente de ingresos que justifica la incorporación de personas, tradicionalmente alejadas de la pesca, a esta actividad en un momento el que el campo, y en concreto la viña en el marco de Jerez, sufre una importante crisis. Este amplio margen de ganancia ha permitido a pescadores de a pie adquirir, después de dos o tres años o incluso antes, si contaban con algunos ahorros adicionales de los años en los que gran parte de la población jornalera de Trebujena emigró a Francia o Alemania, una embarcación, que, con el arte incluido, viene a costar alrededor de dos millones de pesetas y que les permite asegurar, hasta cierto punto, su nueva fuente de ingresos.

Los barcos son construidos por carpinteros de ribera de Coria y, desde hace unos años, también de Sanlúcar de Barrameda. En caso de

⁵ Estos precios fueron obtenidos como media aproximada durante el trabajo de campo realizado entre los años 1988 y 1990.

averías, las pequeñas reparaciones las ejecutan los mismos propietarios, pero para problemas de más envergadura deben llevarlas a su lugar de origen, pues en Trebujena no existen carpinteros cualificados. Tan sólo el arte es construido por herreros de la localidad, mientras que las redes, adquiridas en Sanlúcar de Barrameda, provienen de Barcelona y los pescadores no tienen sino que ajustar los metros de red comprados a las dimensiones de su arte.

El riachero de Trebujena, por lo tanto, no sólo debe adquirir fuera la mayoría de sus útiles, sino que, lo que es más grave, no tiene acceso al tratamiento que la angula requiere antes de ser consumida ni controla los canales de su comercialización. Su función acaba cuando entrega los kilos de angulas pescadas al único intermediario que acapara la casi totalidad de las capturas, ya sea a través de la Cooperativa o adquiriéndola directamente de los pescadores. Con ello, la comercialización de la pesca está asegurada, pero también su dependencia. Pues si hasta el inicio de la pasada década debían vender directamente al público en los pueblos cercanos al río o en los mercados de Sevilla, la venta de la angula, por el contrario, se realiza sin necesidad de salir del término de Trebujena. Los problemas derivados del riguroso control que sobre sus ingresos supone el que un único intermediario, en este caso afincado en Sanlúcar de Barrameda, donde también monopoliza la comercialización de otras especies exportables, se haga cargo de toda la producción han sido ya constatados. Las tímidas tentativas de otros intermediarios, forasteros también de Trebujena, para colocar la angula allí pescada en el mercado nacional, al margen de la red establecida, han sido inmediatamente abortadas, bajando los precios por debajo del de compra a los pescadores y arruinando así los primeros y tímidos intentos de consolidar nuevas vías de comercialización. La única angula cuya venta se permite, al margen de los conductos establecidos, es la que los bares del pueblo compran directamente a los pescadores y después distribuyen por otros bares y restaurantes de pueblos y capitales cercanas. Pero el límite de la permisividad se encuentra en Madrid y, en definitiva, en la posibilidad de acceder al mercado nacional.

La Cooperativa local, «Solidaridad de Riacheros» ha intentado ejercer algún tipo de oposición a semejante control, procurando establecer precios mínimos para la venta de la angula. Pero la respuesta no se ha hecho esperar: se ha favorecido la compra directa a los pescadores, puentando así a la Cooperativa, que, a medio plazo, ha visto descender el número de sus miembros hasta las dos centenas escasas con que cuenta en la actualidad. Esta situación, reflejo del alto grado de insolidaridad existente entre los riacheros, no es sino una manifestación más del tra-

dicional individualismo de estos hombres, que necesitan para pescar tanto de su conocimiento del río como de la ignorancia de los demás. Pero lo que siempre ha existido como un mudo desentendimiento frente al desconocimiento ajeno, ha tomado durante los últimos años carices más conflictivos, a medida que la demanda se monopoliza y el desempleo, y su consiguiente necesidad de acceder a tareas marginales como ésta, crecía también entre otras poblaciones cercanas. Han surgido así importantes enfrentamientos con el Puntal ⁶, poblado arrocero que sufre los efectos de la mecanización del cultivo del arroz, cuyos habitantes acuden a pescar frente a Trebujena sin más ayuda que la de unas cucharas que manejan desde la orilla, pero que impiden a los barcos trebujeneros el paso a sus calados tradicionales.

La comercialización de la pesca ha sido, pues, al margen de la contaminación del río, el principal problema de los riacheros. En el caso de los de Trebujena y en la época anterior a la angula, la distancia a que se encontraban del resto de los pueblos y de sus mercados era uno de los principales inconvenientes. Pues si, de una parte, la población más cercana, Sanlúcar de Barrameda, contaba con cantidades suficientes de pescado de mar, sin duda más apreciado, como para cubrir las necesidades de su población y aun exportar, y la escasa demanda sanluqueña de pescado de río era satisfecha por los riacheros oriundos, de otra, mercados como los de Coria y, sobre todo, Sevilla, estaban lo suficientemente alejados como para no constituirse en la forma permanente y principal de salida de la pesca. Los problemas de conservación del pescado, que se mantenía tan sólo a base de nieve, obligaban, sobre todo en verano, a realizar las ventas antes de las veinticuatro horas. El sistema, por lo tanto, era el de seguir la pesca río arriba e ir vendiendo a medida que se acercaban a los núcleos poblados: la misma Trebujena, los poblados del arroz (El Puntal, Alfonso XIII, etc.) y Lebrija, a los que debían llegar andando, y, por último, Puebla del Río, Coria, San Juan de Aznalfarache y, sobre todo, Sevilla, donde podían vender mayores cantidades. Aun así, la abundancia con que a veces se capturaban especies poco apreciadas como la anguila, el camarón o incluso el albur, obligaban a devolver al río gran parte de lo que les había entregado.

Los pescadores de Trebujena, para mayor inconveniente y a diferencia de los de Coria, especializados en un número más diverso de técnicas de pesca, no solían capturar sino esas especies: camarones, atrapados

⁶ El Puntal es uno de los poblados arroceros que a partir de los años veinte se construyeron en Isla Mayor, en la margen derecha del Bajo Guadalquivir.

con cuchara donde el agua está caliente, sobre todo en los caños; anguilas, que se cogían con cucharas y con nasas en el caño del Sherry y en el Brazo del Este y, a partir de las reformas de 1973, a la entrada del nuevo cauce y en el Brazo de la Torre; allí mismo pescaban, a veces, esturiones (*Acipenser sturio*, Linneo) por encargo de la factoría de Ybarra ⁷, y, desde luego, alburas (*Mugil chelo*, Cuvier), también con cuchara; así como barbos (*Barbus barbus bocagei*, Steindachner) y corvinatas (*Argyrosomus regius*, Asso), para cuya captura usaban el palangre, arte a la deriva, que se sitúa entre dos aguas, construyendo una barrera al paso de los peces, que terminan enmallándose. A veces podían capturar, y lo siguen haciendo, algunas acedías (*Buglossidium Luteum*, Risso), lenguados (*Solea vulgaris*, Quensel) o incluso langostinos (*Penaeus Kerat-hurus*, Forskal), pero suelen ser cantidades tan pequeñas que no tienen otro destino que el de sus estómagos o el de sus vecinos. Las cantidades capturadas de especies más comunes podían ser, sin embargo, enormes: de albur podían coger incluso quinientos kilos; pero el problema era venderlos. En la actualidad, todas estas pescas han desaparecido prácticamente; en Trebujena sólo dos hombres se dedican al albur y venden todo lo que capturan a un intermediario de Chipiona ⁸, al igual que hacen los pocos que en Sanlúcar se dedican a ello.

Los barcos que antes se utilizaban eran más pequeños y tenían muchas menos comodidades, por no decir ninguna. Si comparamos los actuales, equipados con televisión, nevera, cocina de gas, camas, etc., con aquellos barcos primitivos, en los que además debían residir casi permanentemente, se comprenderá la miseria de sus condiciones de vida. Pues, a diferencia de los pueblos situados al borde mismo del río, como Coria, Alcalá o Sanlúcar, en los que las mujeres y los niños no acompañaban a los hombres en cada salida, en Trebujena no sólo lo hacían, sino que, en muchos casos y hasta que se construían una choza, el barco era su única vivienda y la mujer y los niños, la tripulación necesaria. La mujer no sólo trabajaba para la familia como redera y, desde luego, cocinando, sino que también remaba (algunos no instalaron el motor hasta hace diez años) y vendía siempre que fuera «a lo chico», es decir, directamente al público en las esquinas y las plazas de los pueblos. Cuando, por el contrario, se vendía «a lo junto» o, lo que es lo mismo, toda la pesca a los puestos del mercado, cosa que sólo ocurría en Sevilla, la venta la hacía el hombre y la mujer permanecía en el barco cuidando de los niños.

⁷ Existió en Coria del Río una fábrica de caviar de Ybarra.

⁸ Este intermediario, al decir de los propios pescadores, los vende en Italia.

Su pequeña embarcación no les ofrecía otras comodidades que una pequeña tilla (parte cubierta) de unos dos metros cuadrados de base por uno de altura, que servía de dormitorio a los pocos que cupieran en ella, acostados sobre colchones de paja y cubiertos con mantas. La comida, y por supuesto el necesario cocimiento de los camarones para su conservación ⁹, la hacían en el mismo barco, gracias a un trébede ¹⁰ apoyado en un cajón de madera, lleno de tierra sobre la que se encendía el fuego. Con este tipo de vida los niños rara vez podían ir a la escuela. La mayoría de los hijos de riacheros, que ahora tienen más de treinta o treinta y cinco años, no sabe leer ni escribir. Su aprendizaje se limitó a instruirse en el oficio de sus padres, que para entonces era bastante más dificultoso que en la actualidad, pues no sólo debían conocer dónde pescar, ya que el pescado no da señales por las que localizar su situación, o cómo localizar los serbalajes, o lugares donde van a desovar los pescados, y cuál es el trazado de las golas, o caminos que siguen los peces en el agua para salir al mar; sino que también debían aprender a manejar unas artes que requerían de una considerable destreza y maestría, además de procurar su conservación. Los niños empezaban a trabajar a medida que iban creciendo, comenzando por jalear el pescado desde el barco, golpeando sus laterales, para que, asustado, entrara en la red. Otra de sus funciones era permanecer sentados en uno de los palos de la cuchara para evitar que se desnivelara. Pero por no aprender, algunos de los hijos y de las mujeres de los riacheros, no aprendieron, por muy increíble que parezca, ni a nadar.

Cuando los hijos alcanzaban los catorce o quince años ya eran maestros en el oficio, pero para entonces también eran capaces de trabajar en el campo, en la viña o en el arroz, para aportar dinero al grupo familiar y, sobre todo, para conseguir comprarse otro barco con el que hacer frente a la futura creación de su propia familia. La nueva embarcación la adquiría generalmente el hijo mayor con estos ahorros y al desquite, es decir, pagándola poco a poco con parte del producto de su pesca. Gracias a esta solución, el barco lo heredaba, por tradición, el varón más pequeño de la familia, pues se entendía que era el más necesitado, aquel al que no le había dado tiempo de hacer algo de dinero, y al que, por otra parte, solía corresponder, por razones de edad,

⁹ Para conservar los camarones se los cuece en el mismo barco, utilizando un caldero con agua. Cuando el camarón sube dos veces, se saca, se escurre y se pone a enfriar en lo alto de la caseta o tilla. La única diferencia que existe con respecto a épocas anteriores es que en la actualidad se utiliza gasoil y se les echa menos sal.

¹⁰ Trébede, arco o triángulo de hierro con tres pies que sirve para apoyar en el hogar sartenes, peroles, etc.

el momento de sustituir al padre al frente del barco, cuando éste alcanzaba la edad de jubilarse, aunque tal jubilación no se haya dado, en algunos casos, hasta pasados los ochenta años. Los barcos, construidos con madera de pino flandes, podían durar incluso cincuenta años, siempre que se los conservara con cuidado y no sufrieran algún accidente, a causa de la niebla y de la escasa iluminación de las embarcaciones. Este sistema de herencia, muy distinto al de los otros pueblos riacheros, en los que además del barco también se repartía la casa, todo a partes iguales entre los hijos, tanto varones como hembras, no se ha vuelto a dar desde que se impuso la pesca de la angula y los viejos barcos dejaron de servir y fueron vendidos, en la mayoría de los casos, a bajo precio. Desde entonces no se ha dado ningún caso de herencia, pero todos parecen coincidir en que, llegado el momento, el barco sería heredado por todos los hijos a partes iguales. Y es que además de su embarcación, los riacheros tienen ya algo más que repartir: moto, quizá coche y, desde luego, casa.

La posibilidad de adquirir una casa en el pueblo les llegó hará unos treinta años, tras las dos temporadas en las que la pesca de la carpa (*Cyprinus carpio*), panarra para los lugareños, supuso la entrada de importantes e inesperados ingresos. Es la panarra un pez poco apreciado en la zona, que se cría en aguas estancadas de baja profundidad y rica vegetación. Su pesca transcurre entre agosto y febrero y se puede realizar con caña o con red. Durante aquellas dos temporadas, todavía famosas, las fábricas de piensos, denominadas «Guano», de Coria y de Bonanza, las demandaron para molerlas, junto con otros animales muertos y secos, y fabricar con ellas piensos. Los riacheros de Trebujena las pescaban en grandes cantidades y sus hijos y mujeres se encargaban de secarlas en la playa. Esta esporádica fuente de ingresos se fue como vino, sin que ellos conocieran, una vez más, el motivo de tan fulgurante éxito.

Una vida tan difícil y, demasiado a menudo, tan competitiva, requería, sin embargo, de unos importantes lazos de unión y compañerismo entre los riacheros. Esta necesidad propició la existencia, al decir de los descendientes de los viejos pescadores, de unas normas de comportamiento y una ética especial, fundamentadas más en la ayuda ante la dificultad que en la observancia de preceptos legales o religiosos. Este estado de cosas se veía reforzado por el hecho de que la mayoría de ellos estuvieran emparentados. Entre los riacheros era más frecuente establecer relaciones matrimoniales, casi siempre institucionalizadas después del nacimiento de algún hijo, amistosas o de compadrazgo con sus congéneres de Lebrija o de Coria, que con sus propios paisanos de

Trebujena, para los que eran unos desconocidos de escasa reputación. Los hijos varones, si se casaban con mujeres de campo, las convertían automáticamente no sólo en mujeres de pescadores sino en pescadoras activas; las hijas de los riacheros, sin embargo, si llegaban a casar con un hombre alejado del río, perdían para siempre su conexión con el Guadalquivir. Esta forma de endogamia patrilineal perduró hasta que los riacheros se afincaron en el pueblo y frecuentaron un mundo de mayor diversidad socioprofesional, bien distinto del entorno singular, cerrado sobre sí mismo y, a la vez, desperdigado a lo largo de todo el Bajo Guadalquivir, en el que habían vivido hasta entonces. Se perdieron así, gracias a las nuevas formas de habitabilidad y, posteriormente, a las innovaciones técnicas que transformaron por completo la forma de pescar de los riacheros trebujeneros, unas condiciones de vida que no merecían otro destino sino el de su extinción. Pero con ello, también, desapareció un modo de entender la pesca en el que el hombre se sentía arraigado a ella desde el inicio de su proceso de trabajo, en el que aprendía a amar su oficio a medida que lo iba recibiendo de sus padres, como parte de esa enseñanza que es aprender a vivir, hasta que, por último, ingería un pescado, que formaba parte de su mundo, y para el que existían formas de preparación, quizá muy sencillas, pero también muy asimiladas y queridas, después de ser repetidas durante generaciones. Los viejos riacheros, y aún sus hijos, sienten todavía un profundo afecto por el río y por su oficio, y añoran, si no su anterior forma de vida, sí la pérdida de una concepción de ésta y de un lenguaje propio, que se va diluyendo a medida transcurre el tiempo y el nuevo riachero, gana un pan de futuro incierto, desvinculado de un oficio que detesta y apenas si necesita aprender, y desinteresado del objeto de su pesca, la angula, a la que ni quiere ni puede tener en su plato, y para la que no observa las normas de respeto mínimas que aseguren su periódica reproducción.

ISABEL GONZÁLEZ TURMO

Universidad de Sevilla

La última década ha visto un resurgir de la pesca fluvial en algunos pueblos del Bajo Guadalquivir. Es el caso de Trebujena, que ha visto multiplicarse el número de *riacheros*, gracias a la pesca de la angula, que antes no se capturaba. Esto ha supuesto un cambio no sólo cuantitativo, sino, sobre todo, cualitativo: las técnicas y su aprendizaje, los sistemas de comercialización, la organización familiar, la alimentación, los mecanismos de transmisión de los escasos bienes; todo ha cambiado para estos hombres que buscan en el Guadalquivir un complemento necesario para su limitada renta familiar.

Last decade has witnessed a revival of fluvial fishing in certain towns of the lower course of the Guadalquivir river. That is the case of Trebujena, which has multiplied its number of *riacheros* (river fishermen), through the practice of eel fishing, an up to then unknown practice in the area. This has brought about not only quantitative but mainly qualitative changes: new fishing crafts were learnt, new trading systems introduced, family life was reorganized, feeding habits and the distribution, policies of the scarce goods available were also revised. In fact, everything has changed for the people who are searching in the Guadalquivir basin a necessary complement to their modest household income.